

Tucumán, 24 de Noviembre de 2011

Charla y diálogo sobre el diálogo

Reflexiones a partir de *El diálogo indispensable –Paz entre las religiones-*
de Raimon Pannikar

Informe para la Mesa de Diálogo Interreligioso de Tucumán
Sesión del 2 de Mayo de 2013

El diálogo indispensable de Raimon Pannikar

-Del doble laberinto trágico de la educación y la política a la revolución
dialógica y democrática-

1. Para que acontezca una revolución política o democrática tenemos que pasar del fratricidio de Caín al principio político de la fraternidad expresado contemporáneamente por Jacques Maritain. Es el paso del egoísmo y la injusticia a la justicia expresada en el amor al prójimo como a sí mismo. En *Cristianismo y Democracia*, Maritain alude a una revolución política o democrática a cumplir por los cristianos y por todos los hombres de buena voluntad que habitamos la tierra y peregrinamos por la historia: la de la puesta en acto del principio evangélico de la fraternidad en la convivencia política. Citando a su maestro, el filósofo judío Henri Bergson, Maritain afirma: “Porque en la divisa de la Revolución Francesa *la fraternidad* es lo esencial debe decirse que la democracia es de esencia evangélica”. Asimismo en *Iglesia y Comunidad Nacional*, documento del episcopado argentino (1981), se establece ese vínculo estrecho entre *justicia y fraternidad*, orientado al compromiso del *bien común*: Allí se nos dice que sólo la amistad social reúne a los hombres de acuerdo a su condición irrefrenable del ecumenismo en el que las personas, como hijos de Dios, cumplimos el mandamiento del amor al prójimo como encarnación del amor a Dios por sobre todas las cosas. “No basta – dicen los obispos- que se distribuyan los bienes conforme a normas positivas. Es preciso que se produzca el movimiento de comunicación de los propios valores a los demás: esto es el amor. Y

que sea recíproca: esto es la amistad, la cual, cuando se realiza entre hijos de un mismo Padre, se eleva a fraternidad”.

2. Para que acontezca una revolución educativa o dialógica tenemos que pasar de los monólogos autoritarios y la confusión de lenguas que siguen saliendo de nuestras torres de Babel a una escuela dialógica, liberadora y fraterna, tal como la enuncia el pedagogo brasileño Paulo Freire. Desde el Génesis sabemos que Dios nos otorgó a los hombres la maravillosa capacidad de poner nombre a todas las cosas y de dialogar entre las personas; tras el pecado esa capacidad de palabra y diálogo ha quedado rota. Babel es la confusión de las lenguas y la quiebra del diálogo humano. Allí nace la pedagogía del opresor, el monólogo autoritario. Pablo Freire concebirá, desde allí, la pedagogía del oprimido, la educación como práctica de la libertad y la pedagogía de la esperanza, denunciado a la escuela autoritaria y opresiva como la escuela del monólogo; la liberación educativa, o la educación como práctica de la libertad, en cambio, vendrá por la escuela dialógica, es la escuela liberadora. Sólo en la escuela dialógica se pueden educar las personas y las comunidades, personas de personas como las llamaba Emmanuel Mounier. Y sólo las personas y comunidades que dialogan pueden conformar una convivencia política fraterna y democrática.

3. Desde este trasfondo se puede tomar el peso a la hondura de la crisis trágica del diálogo en el mundo contemporáneo, en nuestro aquí y ahora, en el Tucumán de hoy son el odio, la guerra y el crimen los que imponen su monólogo autoritario. Sólo el amor, la justicia y la paz saben dialogar. El propósito de este libro de Raimon Pannikar, ante el escenario beligerante y fratricida del presente, es defender como hacen otros teólogos cristianos... y lo suscribirían todos los hombres de buena voluntad del mundo, que “no puede haber paz entre las naciones si no hay paz entre las religiones y la paz entre las religiones sólo es posible a partir del diálogo como los que viene impulsando hace ya algunos años esta Mesa de Diálogo Interreligioso de Tucumán... como se lo hace en otras partes del país y del mundo. A los que hoy, desde el inicio de su pontificado, ha dado nuevo vigor y vida el Papa Francisco, quien supo ser el cardenal primado de la Argentina, presidiendo el

episcopado que viene exortando en la Oración por la Patria la pasión por la verdad y el compromiso por el bien común, para alimentar el diálogo vivo de nuestra comunidad nacional y la esperanza que no defrauda.

4. Las breves páginas del libro *El diálogo indispensable* son un resumen de las ideas del autor, o mejor dicho la experiencia de su vida e intentan representar un manifiesto del diálogo entre las religiones, de su necesidad, de sus contenidos y de su método. Y este intento parte de que el hombre es un *homo religiosus*; y su ser religioso consiste en hacerse preguntas definitivas sobre el sentido de su vida. Y las preguntas dan lugar a la más profunda comunicación entre las personas, pues las preguntas anhelan siempre dialogar.

5. Este encuentro de las religiones es una necesidad vital, y de hecho el encuentro de las grandes religiones actuales al que asistimos hoy –como este mismo encuentro y las invitaciones al diálogo ecuménico del papa Francisco– son fruto de esos encuentros e influencias recíprocas. ¿Qué sería hoy el cristianismo, por ejemplo, sin el profundo sincretismo que brotó de sus raíces religiosas hebraicas, griegas, romanas, musulmanas y germánicas? Pero esa necesidad vital tiene lugar a tres niveles distintos:
 - a. A nivel personal: El individualismo moderno, que se ha infiltrado en la conciencia humana hasta constituir el mito moderno, va siendo reemplazado por lo que se llama filosofía dialógica o pensamiento dialógico. “Tu y yo estamos esencialmente interrelacionados”; “yo soy yo y mis circunstancias”; no hay lenguaje privado, el pensamiento es pensamiento dialógico, etc. Dicho brevemente, sin diálogo, sin vida dialógica, el hombre no puede conseguir plenificar su humanidad. El hombre es un ser dialógico.
 - b. A nivel de las tradiciones religiosas: Por fin están cayendo, aunque lentamente, los “muros de Berlín” de las actitudes religiosas individualistas, junto con el *apartheid* de los sistemas de creencias exclusivistas. Desde el propio punto de vista antropológico uno ya no puede encerrarse detrás de las torres seguras de la “ortodoxia”. Las religiones como instituciones, por muy ligeras y flexibles que sean sus

estructuras, sencillamente no pueden evitar los vientos irrefrenables del ecumenismo. Estos encuentros dialógicos entre las religiones son inevitables e indispensables. Y este diálogo se desarrolla a mitad de camino entre lo viejo y lo nuevo; sólo entonces se hace posible una transformación histórica de las tradiciones históricas. Sin diálogo las religiones se enredan en sí mismas o se duermen en los amarres y naufragan. O las religiones se abren unas a otras o degeneran, y dan lugar a reacciones fanáticas de todo tipo. El diálogo es realmente una necesidad vital.

c. A nivel histórico: Los hombres no pueden vivir sin religión. El destino de la humanidad depende de que una religiosidad genuina religue a los hombres entre sí y a la realidad en su totalidad y, al mismo tiempo, salvaguarde su libertad (*ontonomía*). El destino de la Tierra está en juego. Es ecológicamente irresponsable movilizar ejércitos para defender el *statu quo* político o económico. Es necesario también un diálogo con la tierra (*ecosofía*). Si sabemos escuchar, la Tierra misma puede revelarnos la voluntad de Dios respecto al papel del hombre en este planeta. Este diálogo es el campo en el que puede jugarse de modo pacífico el destino histórico de la humanidad. Sin tan diálogo, el mundo sufrirá un colapso. La urgencia de la tarea de dialogar no debe hacernos olvidar la importancia de otras facetas del diálogo. La buena voluntad, por sí sola, no basta.

6. El diálogo ha de ser ABIERTO, INTERIOR, POLÍTICO, RELIGIOSO y PERMANENTE

7. ABIERTO. Por lo tanto el diálogo de las religiones ha de ser ABIERTO: La apertura es parte de la esencia misma el diálogo. Diálogo no es instrucción o enseñanza. Y esto tiene tres implicaciones:

i. Nadie está excluido a priori del diálogo. Todo ser humano puede tomar parte del diálogo; y toda visión del mundo, toda ideología y toda filosofía tienen también derecho a participar. Las llamadas “religiones” no tienen el monopolio de la religión. El diálogo debe dejar siempre las puertas abiertas, pues diálogo entre religiones significa aquí el lugar donde

los hombres, junto con la tierra, abajo, y el cielo, arriba, se reúnen para indagar con sinceridad sobre las cosas que más les afectan. Todos están invitados, por derecho y cada uno con sus convicciones, al banquete de la Vida.

- ii. Nada está descartado por principio para dialogar. No todos ven los últimos problemas humanos del mismo modo. El diálogo no tiene un orden del día preestablecido, y menos uno oculto. Todo puede ponerse en cuestión, incluso la pertinencia del diálogo y, naturalmente, los propios puntos de partida de los dialogantes. En el diálogo no deben darse por descontados ni Dios ni la religión; aún así se trata aquí de un diálogo abierto entre personas a las que preocupan las preguntas fundamentales de la realidad. Y, hoy en día, el auténtico diálogo religioso se centra con más frecuencia sobre la justicia, la paz, la tecnocracia, la ecología o temas similares que a charlas sobre el infierno, los ángeles, el nirvana o Dios.
- iii. Está constitutivamente abierto. El diálogo no consiste en eliminar las opiniones divergentes, o en conseguir la uniformidad del mundo, o en la creación de una única religión mundial –como si la realidad pudiese o tuviese que ser reducida a un principio único. La verdad no puede reducirse ni a unidad ni a multiplicidad. La verdad es siempre relación, comunicación. En otras palabras, el carácter abierto del diálogo participa de la naturaleza propia de la realidad. El diálogo no tiene como finalidad la victoria de uno sobre otro; es esencialmente un aspecto de la vida humana, de la Vida como un todo y del mismo Ser. Digo vida y no torneo del Bien contra el Mal –o, lo que sería peor, de los buenos contra los malos–.

8. INTERIOR. Por lo tanto el diálogo de las religiones ha de ser INTERIOR: El diálogo no es simple discusión. Procede de una fuente más profunda y más interna que el estímulo que recibimos de los demás. Esta fuente puede ser llamada “silencio” o tal vez, “sed humana de la verdad”. En esto quizá piensa la Oración por la

Patria de los obispos argentinos cuando relacionan la “sabiduría del diálogo” con la “pasión por la verdad”. Ello significa que el diálogo *intrarreligioso* es el fundamento necesario del diálogo *interreligioso*. Y esta interioridad también se manifiesta en un triple plano:

- i. El diálogo empieza con una pregunta interior. La noción filosófica de humildad es oportuna aquí si se la entiende como el coraje de ser el servidor de una verdad que no pertenece a ninguno de nosotros aisladamente. Me he convertido en cuestión para mí mismo, dice San Agustín, y ello comporta que tengo que estar dispuesto a renunciar a mis seguridades o a perder mi vida, como diría el Evangelio. Esta interioridad honesta me hace consciente de mi contingencia o iniquidad, de mi ignorancia o esclavitud de mis deseos, y desde allí me dispongo a confiar con todo el corazón y la mente en una verdad que no es propiedad privada mía. Sólo esa disciplina, madurez y humildad me predisponen para un diálogo genuino. Un diálogo auténtico empieza poniendo sinceramente en cuestión todas mis certezas. Si no tengo dudas, si mi opinión ya está establecida, si creo haber alcanzado ya toda la verdad, entonces no sentiré ninguna necesidad de diálogo. El diálogo requiere esa actitud interior.
- ii. El diálogo toca la parte más recóndita del corazón de los dialogantes. El auténtico diálogo religioso se instauro solo cuando uno u otro de los participantes se siente implicado, amenazado, alentado, estimulado, provocado, profundamente sacudido. El diálogo es más confesión que información, más confianza íntima que acto público.

El diálogo tiene lugar en el corazón de la realidad. El hombre moderno occidentalizado se ha vuelto tan monocultural que necesita que se le recuerde que el hebreo *nefesh* significa simultáneamente “vida”, “corazón” y “naturaleza”, así como el japonés *kokoro* significa “corazón”, “alma”, “conciencia” y “sentimiento”. Un hombre santo es el que vive en el corazón de la

realidad; las personas santas y sabias son precisamente aquellos seres humanos que ofrecen, más que ningún otro, la posibilidad de dialogar. El diálogo tiene un núcleo místico no visible en la superficie de las relaciones humanas. Algo sucede en el corazón de cada dialogador y algo sucede en el núcleo más interno del mundo. El diálogo libera un karma especial, alcanzando el corazón místico de la realidad. “Cuando dos sabios están hablando, el mundo contiene la respiración”, podría resumir esto.

9. POLÍTICO. Por lo tanto el diálogo de las religiones ha de ser POLÍTICO.
- i. Hoy, en muchos países del mundo las iglesias y las instituciones académicas gozan de libertad a cambio de que no pongan en peligro el *statu quo* del Estado. Pero el diálogo religioso es siempre también político, y, por tanto, ni es políticamente neutral ni universal. Sócrates fue un sabio religioso, Jesús, un hombre religioso, Al-Hallaj, un místico religioso. Los tres estaban comprometidos con el diálogo. Y los tres fueron (políticamente) condenados a muerte.
 - ii. El diálogo no es una cuestión privada... La religión no puede ser un asunto privado, porque el hombre no es un mero individuo y la religión afecta a la totalidad del hombre. La religión no puede separarse de la política. Aunque alguien quisiese defender la idea de la religión como una cuestión puramente interior, el diálogo religioso pertenece de todos modos a la comunidad y tiene un carácter político; pertenece a la *polis* –como vida pública–, tanto de modo directo como indirecto. Y el diálogo también es una actividad política de manera más directa, en tanto puede tener sus raíces en el corazón humano, pero sus frutos son visibles y se recogen en el *ágora*, en la plaza pública donde se ventilan los asuntos públicos o políticos. Es así que todo diálogo interreligioso entra en contacto con problemáticas humanas que influyen en la vida de la *polis*. Todos los problemas personales se pertenecen los

unos a los otros: no hay Yo sin Tú y sin todos los otros pronombres en masculino, femenino, neutro, dual y plural, y a la inversa, no existe Uno Mismo sin el Otro y sin todos los Otros, masculinos o femeninos. Solo hay diálogo verdadero, añade el filósofo Levinas, si me he hecho responsable infinitamente del Otro necesitado; si me he puesto al servicio –diaconía- del Otro: “diaconía antes de todo diálogo”. El diálogo, en suma, es una actividad pública tal que está correlacionada con los fundamentos mismos de toda acción política. Impedir el diálogo sobre los problemas políticos convertiría a la política en dictadura y a la religión en algo vacío e irrelevante.

- iii. El diálogo es una praxis cargada de teoría que produce nuevas teorías... La dialéctica entre teoría y praxis o acción está superada por el diálogo. El diálogo es una praxis o acción que brota de una teoría y conduce a otra praxis o acción, la cual sirve a su vez como base a una nueva teoría. Las teorías se demuestran y validan sobre la praxis o acción dialógica. En cuanto actividad constitutiva de lo humano, el diálogo corrige el ideal de una vida puramente teórica como un fin en sí misma, que sería superior a la vida práctica, considerada allí solamente como un medio dirigido a un fin teórico. Y con eso no se quiere argumentar en contra de la supremacía de la vida contemplativa por encima de la vida activa ya que la misma contemplación es una acción o práctica tan penetrada por la teoría que ambas, teoría y praxis o acción, convergen en una armonía no dualista.
- iv. El diálogo tiene contenidos políticos Si una mescolanza acrítica de religión y política conduce a estructuras totalitarias tanto en el plano religioso (teocracias) como en el político (totalitarismo de Estado), su separación lleva a una religión ultramundana y abstracta y a una decadencia de la política de partidos, que se neutralizan discutiendo cuestiones de

dinero y poder y no se ocupan del bien común –único fin y cometido de la política como servicio–; la solución se encuentra en una visión y una práctica no dualista de ambas. Ningún diálogo religioso puede discutir la cuestión de la salvación y justificación teológica del hombre sin atender las implicancias de la situación de injusticia en que vive el hombre; no se puede discutir sobre la paz de los cielos sin atender, prioritariamente, la paz en la tierra; no se puede hablar de la paz de Dios o del cielo sin atender a la paz civil que hay que instaurar en la tierra. La paz sigue siendo, ineludiblemente, fruto de la justicia. Esa vinculación estrecha entre religión y política no debe ocultar que también los problemas políticos del mundo tienen un carácter religioso. La dimensión religiosa del hombre impregna toda su actividad política, por eso afirmar que los curas católicos, los mulla del Islam, los rabinos judíos o los bhikkhu budistas no deben estar implicados en política es ya una decisión política respecto a las religiones; es confinarlas al gueto de una actividad privada. Los problemas de la salud, de la educación y del bienestar humano tienen también un carácter religioso, y no son solamente cuestiones técnicas que deba resolver la burocracia estatal o una clase aristocratizante de políticos. Es por eso que es tan letal y corruptor la secularización y total mundanización –en el mal sentido de la palabra– de la actividad política como conceder el dominio político al clero, que se desliza siempre al clericalismo y fundamentalismo interviniendo en el dominio de lo público. Y estos desvíos mortales de religión y política suceden porque venimos divorciando el doble mandamiento del Amor: el “más” religioso amor a Dios por sobre todas las cosas del amor “más” político del prójimo como a nosotros mismos. Así eliminamos el amor de la política porque hemos separado el conocimiento del amor –gran herejía de los que apuestan sólo a la razón para iluminar sus acciones–, o –en el lado contrario– eliminamos el amor de la

religión –gran herejía del fundamentalismo y el irracionalismo que en aras de reforzar esa imagen distorsionada de la fe, en nombre de esa caricatura de Dios, cometen los peores crímenes-. Sólo el diálogo puede evitar este estado de guerra de todos contra todos, que terminan siendo guerras religiosas; pero la guerra no es un mal menor, sino el mayor. Y el arte del diálogo, el único que puede desarmar e impedir las guerras, no es un arte fácil; también es una ciencia, más difícil y fascinante que cualquier técnica o ciencia militar.

10. RELIGIOSO. Por lo tanto el diálogo de las religiones ha de ser RELIGIOSO

- i. Los vientos del diálogo soplan hoy con más fuerza que nunca, aunque se construyan para enfrentárseles nuevos y más altos muros. Y es que el diálogo tiene en sí mismo un espíritu religioso que atiende a una necesidad esencialmente humana. El diálogo en sí es una auténtica manifestación de una verdadera religiosidad. En tal sentido el diálogo entre las religiones es destabilizador porque derriba de hecho los muros del “nacionalismo” o “particularismo” religioso. A pesar de estos cambios que propician el diálogo interreligioso, sigue siendo vigente el viejo dicho de cuando se trezaban en guerra el catolicismo y el protestantismo, y la (falsa) paz que selló su convivencia decía “a cada reino su religión”; eso todavía es válido con demasiada frecuencia: la religión sigue a quien detenta el poder; la religión sirve al poder, y el poderoso se sirve a sí mismo. Antes de la caída del muro de Berlín, por poner un caso, en algunos ambientes era bien visto mostrarse como “marxista”, aunque fuese con matices; y en la década del 90 en el que imperaba sin límites el neoliberalismo, estaba bien mostrarse como “liberal”, aunque fuese con ciertas reservas.
- ii. Todo diálogo surge de la experiencia de la propia insuficiencia. Para vivir bien, no nos bastamos

individualmente a nosotros mismos; siempre la riqueza proviene del otro, del prójimo con quien me encuentro. Las tradiciones religiosas se nutren de los frutos de diálogos pasados, y todo diálogo conlleva una apertura al otro. Las raíces del diálogo interreligioso se remontan hasta los orígenes de la humanidad que siempre mejoró su condición humana abriéndose al otro, para escucharlo y para servirlo. El diálogo es el modo de superar el solipsismo y el egoísmo de todo tipo. Encerrarse en sí mismos, ensimismarse, es llevar una mala vida. El egoísmo se condensa en el pecado de la soberbia, emblema de la autosuficiencia y del desprecio al otro.

- iii. El diálogo constantemente renovado contribuye a la purificación de las religiones. La historia de las religiones demuestra que, en nombre de la religión, se han alcanzado no sólo lo más altos logros del espíritu humano, sino también las más oscuras desviaciones de la dignidad humana. El fanatismo y el fundamentalismo son malas hierbas religiosas bien conocidas. El diálogo de las religiones nos ofrece un remedio y significa una purificación. Con demasiada frecuencia las religiones institucionalizadas han sido un obstáculo para la paz y han bendecido las guerras, incluso en la actualidad. El diálogo de las religiones no busca eliminar las religiones, reduciéndolas a un mínimo común denominador, de una religiosidad generalizada y superficial. El nuevo y renovador diálogo interreligioso abre una vía intermedia entre todos los baluartes religiosos fortificados que combaten uno contra otro desde lo alto de sus colinas. (donde todo castillo reivindica que la salvación solo está dentro de sus murallas). Esta vía media evita las guerras, frías o calientes, y evita al mismo tiempo la indiferencia, como si todas las religiones dijese lo mismo. El diálogo abre de par en par el camino a la conversación, tejiendo una red de conexiones que relaciona y transforma el mundo de las religiones. Y

este carácter abierto del diálogo pertenece a la dinámica misma del espíritu religioso.

iv. El diálogo es en sí mismo un acto religioso.

Comprometerse con el diálogo interreligioso es cooperar, sin duda, a la salvación, la curación del mundo entero. El amor hacia el prójimo, la paciencia, la humildad, la amabilidad, el perdón, la renuncia, la confianza, la honestidad,..., la lista es inacabable, son virtudes esenciales para el diálogo religioso auténtico. El diálogo requiere de por sí una cierta conversión interior y no puede ser un medio para atraer al otro a nuestro punto de vista. Busco la verdad y puedo llegar a creer que he encontrado la verdad en mi religión. Pero no soy el único buscador de la verdad. Si soy humilde en mi búsqueda, es decir, honesto, no solo sentiré respeto hacia la búsqueda de los demás, sino que incluso me uniré a ellos –no solo porque cuatro ojos ven más que dos, sino por un motivo más profundo: los otros no son simplemente buscadores de la verdad, sino fuentes de conocimiento. Por eso no me comprenderé plenamente a mí mismo, en lo que uno pudiera llegar a comprenderse, sin comprender en cierta medida a los otros. Con independencia de que uno pertenezca a una tradición religiosa concreta, adorando a Dios, Shiva, Allá o Yhvh; o que el nombre más elevado y sublime para nosotros sea tao, kami, verdad, justicia libertad o humanidad; esa adhesión personal a algo divino o superior, sin duda, nos ayuda a preservar nuestra identidad; pero no es menos importante relativizar nuestros respectivos Absolutos, lo que no significa que dejen de ser Absolutos *para nosotros*. Relatividad no es relativismo. Junto a esto, muchos tienden a no distinguir entre todos estos nombres y pueden quedar presos en una indiferencia no siempre sana. Pero una cosa es cierta: todas estas disputas entre religiones no son saludables, y la paz y la armonía son imperativos humanos de orden más elevado. Quizá esto representa que se empiece a comprender que las religiones son y debe ser factores

de paz, y que el compromiso por la paz es una actividad eminentemente religiosa.

11. PERMANENTE. Por lo tanto el diálogo de las religiones ha de ser PERMANENTE

- i. El encuentro de las religiones es un proceso continuo. Está siempre en marcha. La vida quiere vivir y no deslizarse hacia la muerte. Ser es un verbo. La realidad es polar, dinámica y trinitaria –añade Pannikar-. Y la armonía más fuerte es la oculta y para tratar de desocultar la verdad del diálogo hay que comprender que el diálogo es un proceso permanente; es trinitario y es constitutivamente imperfecto.
- ii. El diálogo es un proceso permanente... La plenitud del diálogo no es un final, sino el ejercicio de toda la vida. Esta provisionalidad constitutiva no implica relativismo, sino relatividad; y toda respuesta es relativa a la pregunta y la pregunta surge solo en relación con un determinado estado de cosas. El diálogo no da respuestas definitivas porque no hay preguntas definitivas. No hay nunca un diálogo completo o acabado, siempre queda abierto y esta apertura solo atestigua su dinamismo y su novedad siempre renovada, lo cual revela que no es posible comprender el diálogo quedándose fijado a ningún absoluto. Las respuestas nunca son definitivas; siempre hay espacios para correcciones y continuaciones; el diálogo es continuo. Permanece siempre inconcluso y no obstante, considerado en sí mismo, es auténticamente completo; un fin en sí mismo. Quizá sea útil comparar el diálogo con la imagen del universo que tiene la física actual: se autoexpande y se autoorganiza.
- iii. El diálogo es trinitario... El diálogo se mantiene siempre en estado de provisionalidad, pero esto no es una debilidad suya sino pertenece a su naturaleza que no es dialéctica sino dialógica. El diálogo dialéctico

plantea tesis contra antítesis y tiende a una síntesis, donde se completa y acaba. El diálogo dialógico es un proceso que no se acaba nunca, pertenece a la vida misma del hombre. La relación permanece constitutivamente abierta, manifestando una estructura triádica. Y esto es así no porque tenga que haber tres palabras o tres hablantes, sino porque entre las dos palabras o hablantes del diálogo debe quedar abierto el espacio para el espíritu (el pneuma) por detrás de cada palabra o hablante. Una expresión clásica para este espíritu es trascendencia; ningún dialogante por separado ni todos los dialogantes en conjunto abarcan con sus palabras toda la realidad, sino que siempre que dialogamos dialogamos sobre algo que nos trasciende. Siempre hay algo que hace surgir el diálogo; y ese "algo" subyace a la capacidad de cada participante. Se podría decir que ambos participante son trascendidos por un tercero, llámesele "Dios", "Verdad", "Logos", "Providencia", "compasión" o de cualquier otra manera. Este "tercero" en torno al cual el diálogo centellea impide toda manipulación desde ambos frentes. No somos los señores absolutos del diálogo religioso. Cuando dialogamos sobre Dios, el destino humano, el bien, la justicia o la libertad, mi opinión no es más que una invitación a escuchar la opinión del otro interlocutor del diálogo. No hay juez independiente que juzgue quien tiene razón; y la contradicción lógica puede ser un criterio negativo tajante en un diálogo racional, que no puede admitir nada que esté en contradicción consigo mismo; pero el diálogo religioso no está obligado a ser solo racional; aunque no puede ser irracional si ha de ser realmente *diá-logo*. Este tercer "participante" del diálogo está siempre presente; es el Espíritu que sopla, donde, cuando y como quiere.

- iv. El diálogo es constitutivamente imperfecto... El hombre es un ser dialógico; y la polaridad de los dialogantes, el cara a cara de los interlocutores pertenece a la esencia del hombre y también a la de

la realidad, eso se puede ilustrar muy bien con la fraternidad dialógica de san Francisco de Asís dialogando con el hermano lobo, la hermana luna, el hermano sol y la hermana muerte; es por ello que el diálogo religioso hace emerger nuestra más profunda humanidad; el diálogo se ofrece como la vía regia a confraternizar con toda la realidad. Ahora bien todo diálogo verdadero está completo en sí mismo porque no es un medio sino para el diálogo mismo. Y sin embargo, de manera paradójica, no es perfecto ni finito, ni acabado como si no se le pudiese añadir nada más. El diálogo pertenece a la vida humana y la vida es constante novedad. Avanzamos comprometidos en el diálogo de la misma manera que vivimos en simbiosis con el cielo y la tierra sin agotar jamás la plenitud de la Vida. Y aquí reside la más profunda estructura antropológica y cósmica del diálogo. Ningún ser humano puede reivindicar con pleno derecho el tener pleno acceso a la entera verdad de la raza humana. Aunque *un* hombre o *un* pueblo puedan recibir una verdad divina particular, el recipiente humano de esta revelación estará siempre vinculado con esa particularidad, relatividad y contingencia humana: el eco del Absoluto ya no es el Absoluto. Nadie, en tanto humano, finito e imperfecto, puede ser poseedor de La Verdad Única de allí que la constitución dialógica del hombre es el PLURALISMO. Pluralismo es la actitud humana que adoptamos cuando nos parece claro que es imposible, sin un reduccionismo mortal, reconducir la totalidad de la experiencia humana a una unidad no cualificada. En otras palabras, a través del diálogo cultivamos nuestra humanidad. El diálogo interreligioso es la expresión de esa búsqueda. En ella participamos tan profundamente del Logos del espíritu que llegamos a beber de la misma fuente de donde bebe el Logos: el Silencio. El diálogo, concluye Pannikar el libro, es inevitable e indispensable; no es solo un imperativo social o un deber histórico, es la conciencia de que

para ser nosotros mismos, simplemente para ser,
debemos entrar en comunión dialógica con la tierra,
debajo nuestro, los hombres a nuestro lado, y en lo
alto, los cielos.